



## Las malas plumas

Diálogo entre un escritor que ha quemado sus cejas sobre los libros, estudiando mucho, pensando mucho y seriamente, y un escribidor que ha mariposeado sobre libros ligeros y contradictorios sin lograr dar unidad a su pensamiento y mueve la pluma espoleado por las pasiones.

*El escribidor:* ¿Mi ilusión? ¡Escribir, ser leído, levantar tempestades!

*El escritor:* ¿Tempestades de entusiasmo?

—¡Tempestades, como fueren!

—La pluma es sentimiento y es ilustración; es espada y es buril. Cuando es sentimiento llama al corazón; cuando es cultura, abre senderos en la inteligencia; cuando es espada conquista mundos para ideales nuevos o defiende y sostiene los viejos, aposentados en sólidos asientos del camino de la Historia del pensamiento; y si es buril labra lo bello con la palabra suelta de la prosa o con la estructurada de la poesía.

—Cuando mi pluma busca el sentimiento hace llorar...

—¿De gozo? ¿de ternura?

—No, de rabia.

—Tu pluma no es sentimiento. ¿Será cultura?

—Cuando mi pluma quiere ilustrar comienza en las alturas donde vuelan las ideas, pero aterriza pronto; y en el mismo primer párrafo doy en los

bajos fondos sociales, donde se agitan las pasiones, donde vive y vegeta el hombre inferior; y ahí, ahí, mi pluma corre suelta, veloz, a sus anchas...

—Tu pluma no es cultura ¿será espada?

—Cuando mi pluma va a la conquista o al sostenimiento de un ideal, no hago más que iniciar los razonamientos del combate intelectual cuando mi pluma, mi pluma—espada, se olvida, de que es pluma, y no queda de ella más que la espada, la espada tajante, sanguinaria...

—La pluma—espada, el arma de las luthas intelectuales, busca para destrozar el cuerpo de razones del adversario, pero respeta como sagrada la persona del adversario; la espada sin la pluma hiere la persona del adversario y se olvida de los razonamientos.

La pluma—espada es arma de los inteligentes; la espada sin la pluma es arma de chulos y escadachines...

¿Será buril tu pluma?

—Cuando pretendo labrar la rica pedrería de la prosa o cincelar y policromar el verso, el bello ideal que alumbra seductoramente mis vigiliass y dora mis ensueños, huye de los puntos de mi pluma. Salen de mi pluma deslabazadas las palabras...

Pero en cuanto el bello ideal huye de mi mente y se esfuma, se torna mi pluma agíl y aletea mi espíritu con gran contentamiento rozando el lodo

y aspirando el hedor de la basura humana... ¡La basura humana! ¿Qué tendrá la basura humana que es el único eslabón que saca chispas a mi pluma?

—Ah, es que tu pluma no es pluma... El noble cálamo, la *stilo* latina, de la que se dijo que era el hombre, porque lo trasladaba íntegro a las cartas enceradas, cuando el espíritu no tiene las alas de la cultura y del sentimiento y no puede o no sabe volar, entonces no es pluma, es estaca de yangués o escoba de fregona y las tempestades que levanta son tempestades procaicas, ordinarias, molestas, sucias: son tempestades de polvo, removido en las cuadras...

A. Hernán

## Donativos

Damos las gracias más expresivas a cuantas personas nos envían donativos para el sostenimiento de esta antigua Revista, haciéndose cargo de que el coste de confección de la misma cada día es más elevado y de que los precios de suscripción son los mismos que cuando se fundó en 1883.

Entre los recibidos últimamente figuran los siguientes, D. S. P. R. F. de Arjona de 12 ptas; D. E. L. de Pamplona 40 ptas; D. J. R. de Pradell, 5 ptas; D. A. E. H. Huercal-Overa 5 ptas.

Dios se lo pague a todos.

## La agresión

Un convento secular, estilo gótico, que esconde sus muros de piedra bajo la enredadera y duerme a la sombra de árboles más seculares que el convento.

Apartado del ferrocarril y de los caminos, nadie sabe que existe, nadie acude allí, sino es el párroco del pueblo más cercano, algunos pobres para comer la tradicional sopa del convento, y una que otra alma piadosa a pedir oraciones. ¿Parientes y amigos? El mundo olvida bien pronto a los que no son ni están con él. Además las religiosas son ancianas, que puede no tengan ya parientes.

Un vendaval y un estampido de trueno que retumbó improvisadamente, hizo estremecer los sólidos muros y las carcomidas ventanas del convento. Apenas tuvieron tiempo de cerrarlas, cuando descargó una lluvia torrencial, acompañada de relámpagos. Las monjitas asustadas, como vuelo de pardas palomas, se recogieron en la sala capitular, ante una estatua de la Santísima Virgen. A cada relámpago daban un sobresalto, rezando: Jesús, María y José: a cada trueno se tapaban los oídos y se persignaban. Era aquello un castigo de Dios sin duda. La gente se volvía tan mala, según les decía el capellán en sus pláticas... Por eso enviaba Dios tan espantosa tormenta.

La campana de la portería, mohosa y rajada, tocó rápidamente.

¿Quién podía ser con este tiempo de lobos? No ciertamente el señor Capellán.

«Hermana Herlinda, Vos que sois más joven, id a abrir», ordenó la Superiora. Y la obediente sor Herlinda corrió hacia la puerta con toda la agilidad que le permitían sus sesenta años sonados.

¡Lo que vieron las buenas religiosas desde la sala capitular que estaba enfrente de la portería!

Una mujer en un estado lastimero, una mujer cual nunca la habían visto, atravesó corriendo el patio gótico y fué a refugiarse en la sala capitular. Faltábale la respiración, y dejándose caer en uno de esos artísticos asientos de nogal esculpido, exclamó: «Nun-

ca... ca... pensé que lle... garí... a aquí... con vida.»

Las religiosas se agolparon para auxiliar a la pobre joven, vestida de tan extraña manera. La hermana dispensera fué por una copa de vino centenario que tenía; la enfermera corrió en busca de un auxilio fabricado en el convento, no sin volver curiosamente la cabeza hacia la huésped misteriosa.

Evidentemente algo grave había pasado a aquella joven. Todo hacía suponer una agresión. Y las pacíficas religiosas se estremecían de horror al pensar que una partida de bandidos merodeaban por los alrededores del convento.

Mientras la visitante tomaba a pequeños sorbos la copita y recobraba aliento, las religiosas la contemplaban con curiosidad. ¡Pobre joven! ¿Qué le pasaría? La cara ensangrentada, mesados los cabellos, los vestidos desgarrados y sin duda en parte perdidos, el paraguas roto.

Cuando devolvió la copita con un suspiro de satisfacción, limpiándose los labios con un microscópico pañuelo lila, la Madre Superiora comenzó gravemente su interrogatorio.

—¿Cómo ha sido hija mía, que ha caído en manos de bandidos?

Una carcajada fue la respuesta.

—¿Los bandidos? Pero ¿por quién me tomarán?

—¿Pero... este paraguas sin punta? ¿No lo rompió usted sobre las espaldas de sus agresores?

—¡Qué va!... Es un «Tom-Pouce», última novedad.

—Pero si tiene usted la cara ensangrentada...

La joven se llevó el pañuelo lila a las mejillas, y miró.

—No, señoras, digo, madres, es el rojo de los labios que se ha derretido con la lluvia.

—Pero, no nos negará que la han arrastrado por los cabellos y se los han arrancado. Los tiene cortos...

—¡Ah!, usted lo dirá porque estoy peinada a lo «Ninón». Es la moda de ahora.

—¿Cómo? ¿Todas peinan así? ¿Todas en esta facha?

—¿Y qué tiene de particular? Nun-

ca hemos sido tan bonitas como ahora.

Las monjas no salían de su admiración y estupor. Algunas desde que entraron en religión—hacia más de cincuenta años—, no habían visto el mundo; ninguna había salido desde hacía veinticinco años.

Aí que se hacían cruces al ver aquella catadura, y cuchicheando entre sí, se abandonaban a críticas, pues, aun siendo monjitas, no dejaban de ser mujeres.

—¿Y ustedes las de ahora no traen siquiera medias? —prosiguió la Madre Superiora, abriendo los brazos escandalizada.

—Pero ¿dónde viven ustedes? ¿Y esto qué es? —respondió secamente la «mis» levantándose una pierna para pellizcar su media de seda... Solo que mis medias son de «dernier chic», esto es, color de carne.

—¿Y las mangas? Yo pensaba que se las habían arrancado los bandidos mientras usted forcejeaba por defenderse.

—¡Las mangas! ¡Qué trasnochadas son ustedes! Hoy nadie las lleva más que las monjitas.

¿Las faldas? ¿Se las olvidó en casa?

—Es la moda.

Y estaba para entonar un panegírico sobre las faldas cortas que permiten saltar, correr, enseñar las piernas, bailar el charleston, etc., cuando sonó un claxon.

«¡Claudio, Claudio!» gritó la joven, corriendo hacia la puerta sin despedirse siquiera de las asombradas monjitas.

—¡Ah! Iba con su esposo,—exclamó la Superiora con un suspiro de satisfacción.

—¿Qué esposo, ni qué ocho cuartos—refunfuñó la «miss» saltando de un brinco en el coche—. Claudio es mi amigo, es decir, uno de mis muchos amigos. Me trajo a dar un paseo en su coche. Mientras él fumaba, yo me aventuré sola por el campo, en busca de pájaros para probar mi nueva pistola—y sacó del bolsillo trasero un juguete de reflejos metálicos, pero me perdí; estalló la tormenta, y entonces fué cuando ví los muros del convento y entré en busca de abrigo.—Y volviéndose al joven que estaba en el vo-

«Vamos, Claudio, a todo escape, porque este aire del convento me sofoca»...

Y mientras el coche iba como un bólido levantando en los charcos abánicos de agua, la Superiora exclamó tristemente:

—Después de todo, no nos hemos equivocado gran cosa. Ha habido una verdadera agresión contra esta mujer; pero no son los salteadores de caminos que solo atacan una vez y roban el dinero, ha sido un salteador terrible que ataca a cada instante y roba los tesoros y la vida del alma.

—¿Qué salteador?—preguntaron a coro las monjitas aterrorizadas.

—La Moda.

## CASOS Y COSAS

Decía Castelar:

—«Los compañeros republicanos me hacen aborrecer la libertad.»

Y no conoció Castelar los modos, formas y lenguaje de muchos republicanos actuales.

Si hubiera leído las hojas clandestinas y hubiera visto la manera como en ellos se combate a la Monarquía y hubiera escuchado los discursos de los republicanos de nuevo cuño y se hubiera enterado de la proclama del Comité de Jaca y hubiera repasado los periódicos y periodiquillos que tocados con gorro frigio se publican en España, se habría llevado las manos a la cabeza y con el más tribunicio de los gestos y con el más duro de sus apóstrofes lanzaría anatema contra los nuevos violentadores de la libertad y de los suaves modos de la misma que los constituyen la educación y la veracidad y el respeto a los derechos de todos, empezando por los derechos de Dios y acabando por los de nuestros semejantes.

Ni Monarquía, ni fascismo, ni bolcheviquismo.

Ese es el trilema de la «Agrupación al servicio de la República» cuyo manifiesto firman Ortega Gasset, Pérez de Ayala y Marañón.

Tres lemas negativos y un tresillo personal.

La Monarquía no la quieren porque

«ha impedido siempre la marcha de nuestro pueblo por las rutas históricas.»

¡Ole!

Como España ha sido siempre monárquica, España, se deduce, no ha tenido rutas.

¿Y las de América, las abrieron los republicanos...?

A no ser que Isabel y Fernando los Reyes Católicos, fueran republicanos.

¡No quieren fascismo!

Pero dicen que «quieren imponer un orden de limpia y enérgica ley» y antes invocan «la disciplina.»

¡Malo!

Así hablan siempre los dictadores.

Esos señores, lo que desean es una dictadura en nombre de sus ideales, para ejercerla ellos y meter a todo el mundo en cintura, mejor dicho, en su cinturón.

Lo que ha hecho Calles.

No quieren el fascismo al derecho, pero lo quieren al revés... porque ellos viven en el revés.

Y que no daría nada Marañón por ser un Mussolini.

Ni Ortega Gasset.

Tampoco quiere el bolcheviquismo, o sea el comunismo.

¿Qué lo han de querer?

Los milloncetes y las casas confortables a todo lujo no las renuncian tan fácilmente.

Estos no hacen como S. Francisco de Asís: Renunciar a lo que tienen para hacerse del pueblo, del pueblo que sufre privaciones.

El trilema positivo verdadero de estas gentes es: Mandar nosotros; que nos sirvan a nosotros; muera el que no piense como pensamos nosotros.

A ese efecto se proclaman ellos los super-intelectuales; no admiten más intelectuales que los que están con ellos y afirman que no deben mandar más que los super-intelectuales, con la colaboración de los intelectuales; y que los demás, disciplinados, estén sometidos a la energía de la dura ley.

Las elecciones constituyen la enfermedad o gripe del momento.

Gripe que a unos ataca con fiebre y a otros con frío.

Los de la fiebre son los que van a las urnas electorales en busca de acta.

Los griposos en frío son los abstencionistas.

El abstencionismo es una nueva fase del parlamentarismo.

Y es una fase grave.

Porque el parlamentarismo vive de las disputas y las abstenciones privan de disputadores:

¿Causas de las abstenciones?

Una porción.

La principal es la que se oculta: la falta de masas electorales afectas.

A derecha e izquierda y más en la izquierda que en la derecha se ha venido diciendo en todo lo que va de siglo que el tinglado político de los antiguos partidos era una farsa.

Que los viejos cacicatos había que derribarlos; que los políticos eran profesionales del chan hullo.

Y ahora porque el tinglado no se levanta a su gusto y porque no se dan a los antiguos políticos las facilidades que ellos apetecen se proclama como medicina sanatoria de todos los males que aquejan al gobierno del país el abstencionismo.

Que se abstengan.

El pueblo ni creyó en ellos cuando intervenían ni ahora cuando se declaran abstemios.

A. H.

## ¿Porqué hemos de adorar a Dios?

Hemos de adorar a Dios porque es infinitamente más excelente que nosotros y todos los demás seres, y porque todos dependemos de Él, como de nuestro Criador, con suma dependencia.

Reflexionemos un poco sobre la infinita excelencia de Dios; consideremos, en primer lugar, su omnipotencia, que se manifiesta desde luego tan hermosamente en el cielo estrellado: Los cielos enarran la gloria de Dios, y el firmamento engrandece las obras de sus manos (Ps. 18, 2.) Consideremos su eternidad. Un día es en su acatamiento como mil años, y mil años como un sólo día. (2. Petr. 3, 8.) Pensemos en su sabiduría, que ha dis-

puesto todas las cosas en la Creación tan maravillosamente y sabe convertir en bien hasta el mismo mal. ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría de Dios! ¡Cuán incompresibles son sus juicios y cuán investigables sus vías! (Rom. II, 33.)

Consideremos la providencia paternal que dispensa aun a las criaturas más insignificantes. El agració a los pastores y a los reyes en el tiempo del nacimiento de Cristo, eligió para Madre a una humilde doncella, para apóstoles a unos pobres pescadores, anunció el Evangelio a los pobres, etc. ¿Quién es como el Señor nuestro Dios, que mora en las alturas y mira las cosas humildes? (Ps. 112, 5) ¡Qué inconmensurable distancia va del hombre a Dios! Amamos a Dios porque le conocemos; pero le adoramos porque no le podemos comprender. (S. Gr. Naz).

## El P. Anatasio

### LA MUERTE DE UN GRAN MISIONERO Su admirable apostolado

El día 21 de noviembre pasado murió en Bogotá, capital de esta República, el Ilmo. Sr. Vicario Apostólico, Fr. Antonio V. Soler y Rojo. Era natural de Mañises (España): Tenía 60 años de edad, 36 de sacerdote, 34 de religioso capuchino, 30 de misionero y 23 de Vicario Apostólico. Antes de entrar en la Orden Capuchina fué Cura Párroco de la ciudad de Valencia.

Durante su vida de misionero hizo varias excursiones por las selvas de los indios motilonos que estaban en sus guaridas, con odios canibales contra los civilizados. Para amansarlos y catequizarlos, internóse por el bosque, cerca de las chozas de los indios antropófagos. Frente a aquellos que parecían fieras y a distancia de unos tres metros, les fué echando regalos de telas, herramientas, fósforos, tabaco y hasta su mismo sombrero episcopal que le pidieron aquellos indios. Llegó un momento en el que con su pectoral en la mano se disponía a entregárselo, pero, después de un momento de pausa, desistió de hacerlo.

Casi al mismo tiempo, los indios se dejaban acercar y abrazar por el Sr. Vicario Apostólico y las tres personas que le acompañaban. Desde este día (han pasado 16 años) los indios motilonos antropófagos se muestran dóciles a la voz del misionero que, con frecuencia, recorre su territorio. Una prueba más de que lo que no puede conseguir la espada de los Gobiernos civiles, lo consigue el misionero fácilmente sin más armas que la cruz.

Otra de las obras gigantescas del P. Anatasio fue la organización de los orfanatos entre los indios. Actualmente funcionan dos para niños y dos para niñas, con un total de 638 recogidos. Ninguna de estas obras hubiera realizado este heroico misionero si la caridad cristiana no le hubiese socorrido con limosnas espirituales y materiales.

En Riohacha donde no pasaban de 60 los niños y niñas que asistían a la escuela, hoy se registran más de 800 matriculados, gracias a la labor del P. Anatasio. Fundó también un colegio para señoritas, a cargo de religiosas y otro de jóvenes, regentado por sacerdotes. En toda Colombia se llora la muerte de este misionero que con su celo consiguió tantos bienes para la religión y para la patria.

Este santo obispo era muy conocido en Orihuela por haber residido en el Convento de PP. Capuchinos.

### Día de la Prensa Católica 201.147,22 Pesetas.

Esta cantidad ha sido el resultado definitivo de la Colecta del «Día de la Prensa Católica» de 1930 en todas las Diócesis de España, según los datos que ha publicado la Institución Internacional Ora et Labora.

La cifra es mayor que la de 1929, superada el año 1930 en 7.292 pesetas.

#### DISTRIBUCION

Al Dinero de San Pedro. 20.114,26  
Al Tesoro Nacional de la Buena Prensa 40.228,46. Distribuido por los Rvmos. Prelados entre las publicaciones católicas de su propia Dióce-

sis 120.690,28. Reservado (mitad en la Junta Central y mitad entre todas las diócesanas) para repetir, extender y perfeccionar la fiesta: 20.114,22. Total distribuido, igual al colectado. 201.147,22.

### Treta de un periodista

«Al comerciante que ha vendido a mi criada cuatro kilos de azúcar adulterado, le participo que si mañana mismo no recibo otros cuatro de clase buena, publicaré su nombre en este mismo periódico para que el público sepa a qué atenerse.—Alfredo Sepuldani».

Al día siguiente recibió 48 kilogramos de muy buen azúcar. Eran doce los comerciantes de la ciudad que tenían la mala costumbre de mezclar con el azúcar polvos de mármol y otros ingredientes. No conociendo los comerciantes a la criada del señor que se quejaba, temía cada uno ser él aquel a quien iba dirigido el anuncio, y para asegurarse de no ser públicamente vituperado, se apresuró a mandar cuatro kilos de azúcar de clase extra.

## OBRAS

DE

## D. Adolfo Clavariana

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé; tamaño 8. prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Be llot. 3—Orihuela.

Imp. La Lectura Popular. Orihuela